

—¡Ay!... ¡Ay!... ¡Me duele!... ¡No me chucen!...

—¿Quién habló?... ¿Dónde estás?... ¡Sal de ahí!... —decía el maestro y miraba a su alrededor.

—No hay nadie, profesor. Es la montaña que se quejó porque usted la chuzó con la estaca. Ella habla a través del suelo, de las flores, de los árboles, del arroyo, etc. Todas las partes que constituyen esta montaña pueden gritar si usted las maltrata.



La poca incredulidad que le quedaba al maestro se le fue cuando arrancó la rama de un árbol y éste lo recriminó.

—¿Por qué me haces eso?... ¡No seas desconsiderado!... ¡No partas las ramas que son como mis brazos!... ¿Te gustaría que te trozaran uno de tus dedos?... ¿Qué derecho tienes sobre mí si tú no me has dado la vida?... —de esta manera el árbol censuró la acción del maestro y para finalizar le dijo:

—No hagas a otro lo que no deseas que te hagan a ti.

El sorprendido hombre no tuvo más salida que aceptar la realidad de los hechos que en ese momento lo rodeaban. Entonces tomó a la ardilla entre sus manos y acariciándole la cabeza le preguntó:

—¿Sabes la razón por la cual el brujo indígena hechizó este lugar?

—¡Claro, profesor! Hace unos tres días, su hijo pequeño, de unos ocho años de edad, salió de cacería y no regresó. Igual que todos los chicos que no obedecen a sus padres, el muchacho se internó en la montaña traspasando los límites permitidos por su padre. Durante este tiempo, el chamán, en compañía de medio centenar de indígenas buscaron al niño durante la noche y el día pero no lo hallaron. Entonces el brujo, lleno de rabia porque la montaña le había robado a su pequeño, la conjuró a sentir hasta las pisadas de las hormigas. Dijo que no levantaría el hechizo hasta que la montaña le devolviera a su hijo.

—Y, ¿qué le habrá sucedido al niño?... ¿Lo devoraría algún animal salvaje?... ¿Ustedes han averiguado algo?

—Hasta el momento, no profesor. Juan David y Pedro Elías están indagando sobre el paradero del niño —afirmó Susana.

—¿Y los demás chicos del grupo qué se hicieron? ¿Dónde andan metidos?

—Están perdidos en la montaña. Aquí sólo estamos Juan David y yo.

—Bueno, ahora todo está claro —dijo el profesor con su voz pausada y agregó—: llama a tu hermano y comencemos a buscar al niño indígena.

La ardilla salió veloz como bala, subió a un árbol y se metió en un hueco que había en él. Al rato



volvió acompañada de un topo de pelo negro y ojos pequeños, casi invisibles. Cuando vio a su maestro parado al pie del árbol saludó:

— ¡Hola, “teacher”!
Me alegra verlo en la forma humana. ¡Uf!, es un alivio saber que usted no se bañó en esa laguna.

El viejo maestro sonrió por las palabras de su alumno. Tomó el topo entre sus manos para rascarle la barriga, pero el animal tenía algo parecido a un espárrago colgando de la boca.



— ¡Juan David!, ¿qué tienes allí entre los dientes? ¿No andarás masticando ese viejo chicle?

— No es chicle, profesor, son lombrices. Saben delicioso y son saladitas. Siento que estoy comiendo salchichas perreras, de las que venden en los supermercados — contestó el topo con tono jocoso.

—Está bien que obedezcas a tus nuevos instintos. Ojalá cuando regreses a la forma humana las sigas consumiendo, ya que son de mucho alimento —afirmó el maestro, al tiempo que le rascaba la barriga al topo y éste se retorció entre sus brazos.

Luego del diálogo entre los tres amigos, el escuálido maestro, Susana, la ardilla de cola blanca y Juan David, el topo negro, iniciaron el ascenso a la encumbrada montaña. Desde el piso cálido, subieron hacia las tierras templadas que exhibían una vegetación muy variada. Más arriba, en las tierras frías, el paisaje alcanzaría los pisos de páramo en donde duermen silenciosas las inmaculadas nieves perpetuas.

A cada tanto, la ardilla, el topo y el hombre se detenían para comer frutos silvestres e indagar sobre el niño perdido.

“Por aquí lo vimos pasar hace dos días”, decían los árboles. “Estaba perdido y no sabía hacia dónde se dirigía”, comentaban las flores. “Era un niño indígena y se veía muy asustado”, informaron las mariposas. Un par de iguanas que estaban recibiendo el sol sobre unas piedras contaron que el chico se había refugiado en las cuevas de las estalactitas que distaban varios kilómetros, lugar al que los indios no entraban porque creían que allí vivía el espíritu de la montaña.

Orientados por las pistas que habían recopilado, los tres caminantes llegaron a una especie de planada que tenía flora y fauna exótica y abundante. Se acomodaron debajo de una ceiba a descansar de la larga jornada. No habían transcurrido muchos minutos de feliz reposo cuando escucharon unos chillidos agudos cerca del lugar. Rápidamente, Susana y Juan David se treparon a la ceiba para indagar sobre el origen del ruido, entonces vieron un feroz búho persiguiendo a un inofensivo ratón de campo. El pequeño roedor no tuvo tiempo de protegerse en la cueva que tenía debajo de un tronco: el ave de rapiña, con sus poderosas garras lo atrapó por la cintura.

Susana, la ardilla de cola blanca, quedó atónita cuando vio la desgarradora escena. Entonces comenzó a gritar a todo pulmón:

—¡Rápido profesor! ¡Impida que el búho se coma ese ratón!... ¡Esos dos son Pedro Elías y Renato!

El maestro, tan pronto se enteró de la situación, cogió un palo y salió corriendo a perseguir al búho que se llevaba al ratón entre sus garras.

—¡Eh, búho!... ¡Ese ratón es Renato!... ¡Por Dios, no te lo vayas a comer!...

El ave, al escuchar los gritos del hombre, detuvo el vuelo y se posó sobre una rama. Se quedó mirando fijamente al roedor que tenía ojos de niño asustado y le dijo:

—¡Mira, pedazo de idiota!... ¿Por qué no me dijiste que eras Renato?

—¿A qué horas?... Si te viniste sobre mí como una flecha y no me has dado un segundo de respiro... ¡Mira cómo me arañaste la espalda, casi me matas del susto!... ¿Eres Silvia, Carolina o Marcela?

—Soy Pedro Elías. Perdóname, Renatico querido. No hubo mala intención. Es que mis instintos de ave de rapiña son muy intensos y no los puedo controlar... ¿Amigos?

Pedro Elías, el búho y Renato, el ratón de campo, se incorporaron al grupo que buscaba al niño indíge-

